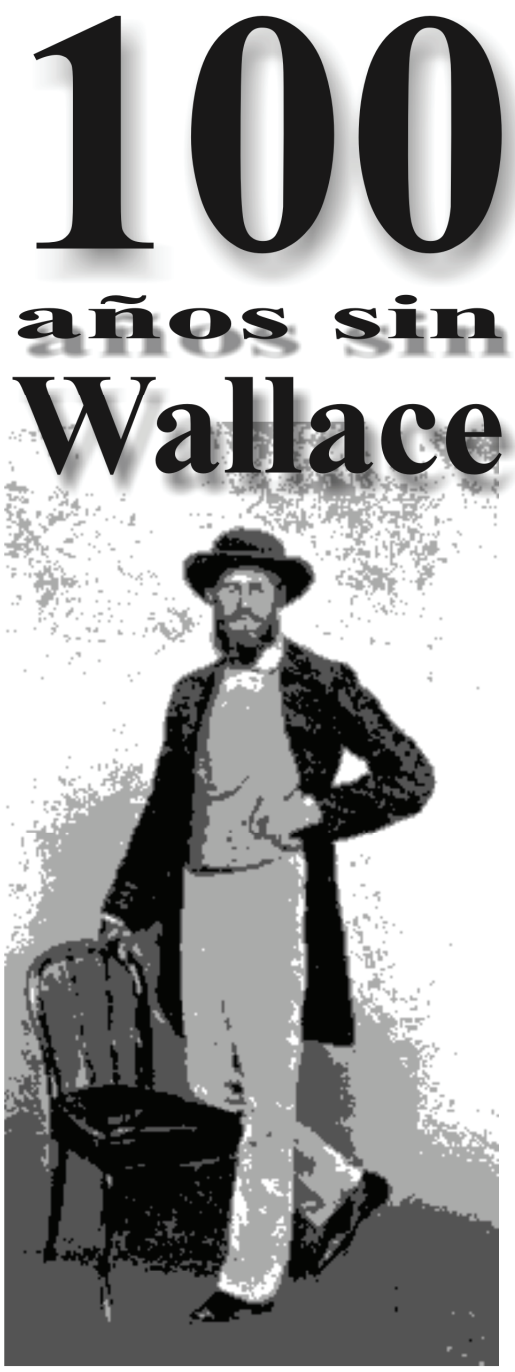

En el año que ahora acaba, 2013, se cumple un siglo desde el fallecimiento de Alfred Russell Wallace (1823-1913), una efeméride que ha pasado relativamente desapercibida, incluso en los círculos académicos y científicos. No hace mucho, en 2009, celebramos con mucha más pompa y revuelo un evento muy relacionado, el 150 aniversario de la publicación del Origen de las Especies, de Charles Darwin. Curiosamente es difícil resistirse a la idea de que, por apenas una casualidad, la teoría *darwiniana* de la evolución por selección natural podría, e incluso debería, haberse denominado la teoría *wallaceana* de la evolución, cuyo primer y principal apóstol habría sido de forma segura Darwin. Suena raro, pero es algo apenas discutible. Si en 1858 Wallace hubiera elegido a cualquier otro científico diferente del propio Darwin para enviar su manuscrito, posiblemente hoy la teoría más famosa de la biología tendría otro nombre y Wallace sería ahora mucho más famoso.

Wallace fue un coleccionista entusiasta de insectos, un mal estudiante que abandonó la escuela a la edad de 14 años y comenzó a trabajar con su hermano en temas de topología y catastro, un aficionado a las conferencias y un lector empedernido. Toda su cultura científica procede de estas fuentes y de su curiosidad innata. Recorrió el mundo colectando insectos, aves y plantas, primero en Sudamérica, en la cuenca del Amazonas, con el también famoso entomólogo Henry W. Bates y luego por libre, en el archipiélago malayo. Vivió casi quince años en las selvas y pantanos tropicales del mundo, capturando animales y plantas para estudiarlos y/o para venderlos a los museos y coleccionistas del siglo XIX, con el fin de conseguir así los recursos imprescindibles para financiarse. Corrió muchas aventuras y peligros que luego contó en diversos libros de viajes, algunos de ellos traducidos al español (como más adelante comenta Xavier Bellés). Personalmente tengo grabada la imagen de uno de sus relatos en el que cuenta cómo enormes ciempiés se colgaban bocabajo del techo de la cabaña donde dormían para capturar acrobáticamente insectos voladores, lo que en ocasiones producía inevitables y desagradables accidentes. En suma, Wallace fue fundamentalmente un entomólogo aficionado del siglo XIX. De hecho, puede decirse que constituyó el paradigma del entomólogo aficionado de todos los tiempos.

Pero Wallace fue muchas más cosas. En primer lugar fue un autor de primer nivel gracias a su extensa producción científica (escribió unos quinientos trabajos y libros, algunos de enorme calidad), capturó y describió numerosos organismos de lo más profundo de las selvas tropicales, en unos tiempos en los que no existían los medios actuales, y en los que una expedición podía durar varios años y acabar en grandes penurias e incluso en la muerte. Aunque la historia es conocida, entre sus aportaciones se incluye nada menos que el descubrimiento de la teoría de la evolución por selección natural que Wallace, entonces de viaje por las islas Molucas, envió en forma de manuscrito al propio Darwin simplemente para que éste lo presentara al Dr. Charles Lyell y fuera publicado como ensayo por la Linnean Society de Londres. Es de imaginar la sorpresa de Darwin, que llevaba más de una década trabajando en su propia teoría, similar a la expuesta por Wallace. Lyell y Hooker convencieron a Darwin para que escribiera una comunicación a modo de síntesis de su trabajo que se presentaría 'conjuntamente' (y que se leyó primero) con la de Wallace en la sesión de fecha 1 de julio de 1858 en la Linnean Society. De todo esto Wallace se enteraría muchos meses después (estaba en una expedición por las islas), pero por suerte entró en juego otro de sus rasgos más destacables: una enorme caballerosidad y elegancia, aceptando a posteriori el acto sin reproche alguno. Nuestra revista tuvo el placer de traducir por primera vez al

español y publicar ambas comunicaciones en el volumen dedicado a Evolución y filogenia de Arthropoda (Boln. S.E.A., **26** (1999): 17-26. **2.** *Introducción: 'Y la luz, se hizo...'. Journal of The Proceedings of The Linnean Society, Zoology, vol. III, London, 30 de junio de 1858: Sobre la tendencia de las especies para formar variedades; y sobre la perpetuación de las variedades y especies por medio de la selección.* Por Charles Darwin y Alfred Wallace. Comunicado por: Sir Charles Lyell y J. K. Hooker) y que hoy puede consultarse íntegramente en la página web http:// www.sea-entomolo gia.org/PDF/ BO LETIN_26/B26-002-017.pdf.

De hecho, el trabajo de Darwin se leyó en primer lugar y, ciertamente, Wallace no tuvo nunca ningún reparo en admitir la mayor consistencia y amplitud del mismo. Ahora bien, ¿qué hubiera pasado si estos hechos llegan a producirse en la actualidad? Probablemente Wallace habría enviado su trabajo a *Nature* (donde por cierto publicó más de un centenar de sus trabajos), *Science* o cualquier otra revista. Es posible que en alguna de ellas se lo hubieran rechazado, pero tarde o temprano habría terminado publicado. Así, cualquier mañana del otoño de 1858 el Sr. Darwin se hubiera enterado de que la que se conoce como su teoría y en la que todavía le quedaban varios años de dedicación, había sido formulada públicamente por un jovenzuelo sin estudios, un aventurero desde los trópicos. Es indudable que la calidad del trabajo de Darwin, incluso ya en ese momento, era notablemente superior a la breve exposición de Wallace, pero de haberse publicado, la prioridad habría sido de éste. Sin embargo, Wallace no dudó en utilizar la denominación de teoría *darwinista* desde el principio, ni en reconocer la preeminencia del trabajo de Darwin sobre el suyo. Toda una lección de decencia y honestidad que no es fácil de encontrar ni en aquellos ni en estos tiempos.

A pesar de estos actos y gestos, la historia no ha sido justa con Wallace, ni siquiera la historia de la ciencia. Posiblemente ello se deba a la propia humildad del protagonista, pero también a que el binomio de autores es francamente diferente. Charles Darwin fue un alto dignatario de la más alta ciencia victoriana del momento, universitario, miembro de las principales sociedades, todo un burgués acomodado, y descendiente de un importante científico como su abuelo Erasmus Darwin (quien ya dedicó sus esfuerzos, en ocasiones con notable lirismo, al problema del origen de las especies); fue un autor considerado y reconocido, pero pausado y meticuloso, posiblemente, entre otras razones, gracias a que las rentas familiares le permitían trabajar sin preocupaciones económicas cotidianas. Frente a él, Wallace era un joven aventurero, sin estudios (ni siquiera básicos), un modesto trabajador manual que, por simple accidente (eso parece), descubrió la teoría de la selección natural durante un ataque de malaria. Y ello no es cierto; al menos la última afirmación. Wallace estaba interesado en el problema del origen de las especies desde mucho antes; llevaba casi una década buscando 'resolver el problema'.

El prólogo del libro '*El Naturalista por el Amazonas. I. Pará'* de Henry W. Bates, escrito en 1863, comienza del siguiente modo: *En otoño de 1847 el señor A.R. Wallace, que posteriormente ha alcanzado una gran fama en relación con la teoría darwiniana de la Selección Natural, me propuso una expedición conjunta al río Amazonas con el propósito de estudiar la historia natural de sus márgenes; el plan consistía en hacernos por nuestra cuenta con una colección de objetos, deshacernos de los duplicados en Londres para subvenir a los gastos y reunir hechos, como lo expresaba el señor Wallace en una de sus cartas, "a fin de resolver el problema del origen de las especies", un tema sobre el que habíamos sostenido amplias conversaciones por carta y de viva voz. ...*

De este fragmento pueden extraerse dos rápidas conclusiones: Que el propio Wallace no tenía ningún empacho en referirse a su propia teoría como *darwiniana* y que su descubrimiento no fue un accidente ni nada casual: Wallace encontró tras muchos años de esfuerzo, exactamente lo que estaba persiguiendo. No hubo serendipia alguna, no encontró nada que fuera diferente de lo que realmente buscaba.

Otra prueba demuestra que el genio de Wallace no fue simple suerte; el resto de sus aportaciones científicas convirtieron a Wallace en el llamado (por algunos) 'padre de la Biogeografía'. No es casual que la Línea Wallace, que separa los límites biogeográficos de Asia y Oceanía, lleve su nombre. Esos límites fueron ratificados muchos años después al detectarse las placas continentales correspondientes. Sin duda, otro gran descubrimiento. Pero en Wallace pueden encontrarse otras ideas que se anticiparon un siglo a su tiempo: la astrobiología, la tesis Gaia de Lovelock, la sociobiología, la cooperación como motor de la evolución (frente a la competencia darwinista), la importancia de la atmósfera en el clima o la preocupación por la contaminación ambiental y sus efectos perversos sobre las clases sociales más desfavorecidas.

Wallace es famoso también por algunas cuestiones ajenas a la ciencia en sentido estricto. Dedicó algunos esfuerzos a temas sociales y políticos, se opuso a las campañas de vacunación, escribió un libro sobre lo que podría considerarse el 'diseño inteligente' (¡a principios del siglo XX! –y curiosamente, éste sí fue traducido al español) y se interesó e incluso escribió algunos textos sobre espiritismo. De hecho, esta cuestión es una de las esgrimidas por algunos biólogos para desacreditarle con este singular argumento. No tengo por qué disculpar a Wallace (como no tengo por qué disculpar a Sir Isaac Newton por sus profundas creencias religiosas, ni a Copérnico, a Gauss, a von Braum o a T.A. Edison, entre otros). Con frecuencia se olvida que en el ámbito científico no se trata de juzgar a las personas, para lo que ya contamos con innumerables programas de cotilleo y tertulia barriobajera, sino más bien a sus aportaciones intelectuales concretas, y en este sentido las de Wallace son mucho más relevantes que lo que la historia, y los historiadores, parecen dispuestos a reconocerle.

Para compensar modestísimamente este despropósito, en las páginas siguientes, y como sincero homenaje, se incluye un trabajo de nuestro colega Xavier Bellés sobre Wallace, sus aportaciones, especialmente en relación al manuscrito de Ternate y las traducciones disponibles de su obra en español.

Pero a esta primera aportación, y aunque sea ya en el *101 años sin Wallace*, se unirá, en el vol. 54 del próximo mes de junio, un dossier con varios trabajos sobre la vida y los principales hitos científicos de Wallace, con especial atención a la teoría darwiniana (sic) de la selección natural y a la biogeografía.

Zaragoza, precisamente el 7 de noviembre de 2013

Antonio Melic (S.E.A.)